

PERIODO CONTEMPORÁNEO

ABELLÁN, José Luis, *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana Vervuert, Colección «Tiempo Emulado», 8, 2009, 292 pp.

El libro que reseñamos representa una segunda edición del aparecido en 1972, recientemente agotado. En esta nueva edición, Abellán corrige, amplía y actualiza el punto central de análisis de la obra, la «idea de América» que, como unidad continental, es un producto hispánico por excelencia. Para el autor, la cultura hispana está esencialmente dotada para la síntesis e integración lo que ha motivado una especial atención entre los pensadores y ensayistas.

José Luis Abellán se plantea como reto estudiar los distintos contextos que generaron la idea de una unidad continental en un territorio habitado por pueblos y culturas muy diversas y dispersas, con frecuencia aislados por la inmensa distancia geográfica. Especialista en pensamiento, filosofía e historia de las ideas, Abellán muestra la importancia de valorar el papel que juegan las ideas en el devenir histórico y cultural del hombre. Por ello, el autor nos propone desandar los caminos del origen, desarrollo y evolución de la ya citada «idea de América» analizando, comparando y criticando los distintos pensadores y ensayistas hispanoamericanos. Esto nos lleva a plantear que estamos frente a un trabajo de investigación de carácter filosófico ya que como entidad geográfica dicha idea ha tenido un desarrollo distinto.

La obra consta de 22 capítulos y un epílogo en los cuales figuran explicaciones relacionadas a la metodología de trabajo, la filosofía hispanoamericana, el análisis de las grandes áreas de América, temas puntuales como el indigenismo y dos temas más contemporáneos como son la Guerra Fría y la globalización. En todos se reflexiona acerca de la conformación de la «idea de América».

En los primeros cuatro capítulos, en los que se abordan temas relacionados con el origen de la palabra América, las diferencias en la colonización entre el norte y el sur y la cuestión de si existe una unidad política en América, el profesor Abellán se plantea la tesis de la unidad histórica de dicho continente a partir de las profundas diferencias dentro de un extenso continente. Para ello analiza las obras de Hanke y Bolton y se apoya en diversas disciplinas como la Geografía Física, la Geografía Urbana y la Historia. Por otro lado, rescata a Bolívar como el personaje que intentó la consolidación política de América con una postura hispanoamericana, según el autor, y culmina con José Martí elevando su obra a un plano que atraviesa lo nacional al intentar «equilibrar el mundo y no sólo liberar dos islas».

En su búsqueda de la identidad hispanoamericana el capítulo V demuestra que la doctrina positivista se erige como un elemento ideológico de aglutinación, del cual surge a su vez la primera acción de toma de conciencia de la identidad y baña los ideales independentistas. Pero como frente a toda acción surge una reacción, los antipositivistas entran en escena en medio del cambio de siglo, tema trabajado en el capítulo siguiente. José Enrique Rodó, José Vasconcelos y Antonio Caso son analizados a luz de la búsqueda de lo específico hispanoamericano «como primer acercamiento a la “idea de América” con contenido propio». Dice el profesor Abellán que «mientras en Rodó y Vasconcelos la idea de América supone hacer un parangón con el modelo de la cultura sajona para extraer las peculiaridades propias del hispanoamericanismo, en Caso se da un salto a lo universal, ya que en su obra no solo interesa lo americano o lo mexicano como tal, sino en la medida que forma parte de lo humano y puede contribuir al enriquecimiento de la humanidad». Posteriormente surge la figura de *Ariel* como símbolo del modernismo y de la identidad hispanoamericana que es trabajada en los capítulos VIII, IX y X, donde también se estudia la obra de Rubén Darío, Ortega y Gasset y José Gaos.

Los siguientes ocho capítulos están ordenados por grandes regiones geográficas planteando como eje transversal el sentimiento de lo autóctono en el ensayo hispanoamericano. México; Centroamérica: Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y El Salvador; Caribe: República Dominicana, Puerto Rico y Cuba; Perú; Gran Colombia: Colombia, Venezuela y Ecuador; Cono Sur: Argentina, Uruguay y Chile; Países Mediterráneos (como así los denomina el autor): Paraguay y Bolivia; Brasil. No se entiende por qué el autor ha separado en su análisis a Brasil del resto de Latinoamérica a pesar de sostener que es el país más latinoamericano de todos. De estas zonas geográficas establecidas destaca diversos pensadores demostrando un excelente dominio de análisis e interpretación de los mismos entre los cuales resaltan Octavio Paz, Leopoldo Zea, Alfonso Reyes, José Carlos Mariátegui, Ezequiel Martínez Estrada, Domingo Faustino Sarmiento, Mariano Picón-Salas, Fernando Ortiz y un extenso etcétera.

Antes de llegar al Epílogo, el autor expone tres temas relacionados con la «idea de América»: El indigenismo, un movimiento propio de las primeras décadas del siglo XX, caracterizado por la inquietud de la búsqueda de los fundamentos de la identidad nacional y su interés por las culturas exóticas; la Guerra Fría y el accionar de Latinoamérica frente al proceso de «satelización» (desde la Alianza para el Progreso, liderada por Estados Unidos, pasando por la resurrección de posturas que toman como base el Imperialismo, hasta llegar a la Teoría de la Dependencia, el centro-periferia, los análisis de la CEPAL y la Teología de la Liberación). Dichas estrategias tuvieron como efecto la defensa de la unidad cultural frente al fuerte impulso del país del norte. Por último, la globalización planteada como el horizonte desde donde se debe mirar América Latina en sí misma. Resuena el tema de la segunda independencia y la integración regional de la cual se destaca la creación de UNASUR (Unión de Naciones Sudamericanas).

El capítulo final, el «ser» de América, presenta a modo de síntesis cómo ese continente, en un comienzo «sin contenido», ha confeccionado una identidad con sentido

propio con variantes de diversa índole en función de los países componentes. Sin embargo, el profesor Abellán sostiene en el Epílogo que no puede proponer conclusiones indiscutibles como, por ejemplo, la unidad continental. América Latina está sumergida en un proceso de cambios profundos y acelerados los cuales han sido reflejados en esta segunda edición de su libro, lo cual nos lleva a pensar en la posibilidad de una tercera edición acorde a la percepción del autor en un lapso no muy distante del presente.

Claudio GALLEGOS
CONICET / Universidad Nacional del Sur

CORTÉS ZAVALA, María Teresa, *Economía, cultura e institucionalización de la ciencia en Puerto Rico, siglo XIX*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Facultad de Historia, Morelia, 2008, 247 pp.

El libro de la historiadora mexicana interesada en la historia de Puerto Rico del siglo XIX está dedicado a un tema que, en las últimas décadas, ha atraído la atención de un segmento importante de los especialistas en la historia latinoamericana: el contexto de los procesos económicos, sociales y culturales en la construcción de las nacionalidades en Estados surgidos de las ruinas de los imperios coloniales europeos en el Nuevo Mundo. Teresa Cortés Zavala parte de la premisa de que el estatuto colonial de Puerto Rico no fue ningún obstáculo para el desarrollo de la identidad cultural borícuca y que la isla «durante el siglo XIX trató de definir su proceso formativo como la nación, a partir de la confirmación y existencia de una nacionalidad puertorriqueña en una sociedad con estructuras coloniales» (p. 9). Partiendo de las conclusiones de los estudios teóricos sobre la cuestión de la formación, existencia y rasgos característicos de las comunidades nacionales de especialistas como Eric Hobsbawm y Ernest Gellner, la autora analiza en la primera parte del libro los antecedentes económicos del proceso que culminó en la formación de la conciencia de la sociedad de una de las dos últimas colonias de España en el Nuevo Mundo.

Al mencionar el estado de la economía puertorriqueña de finales del siglo XVIII, cuando las reformas borbónicas y los acontecimientos en Saint Domingue abrieron la isla al auge de la producción agrícola para la exportación —proceso fortalecido a principios del siglo XIX por la liquidación del orden colonial en el continente— Teresa Cortés subraya el interés de la Corona española en la autofinanciación de los restos del imperio y en el provecho económico de las islas para la Hacienda del Estado que supusieron otro impulso para el cambio administrativo y la modernización agrícola y comercial a fin de aumentar la venta de los productos coloniales en el mercado internacional. Los cambios en la esfera militar y política fueron mucho menores, lo que tuvo sus consecuencias para las relaciones sociales en la colonia. Más importante fue el papel jugado por los procesos demográficos. La autora destaca el crecimiento constante de la población causado por el aumento vegetativo y por la inmigración de espa-

ños y extranjeros. La política de la Corona en favor de la inmigración tuvo no sólo una dimensión económica sino también social por sus implicaciones en el proceso formativo de la nación. Sin embargo, fueron sobre todo los cambios en la esfera económica los que mayores consecuencias tuvieron para la estratificación de la sociedad portorriqueña con la aparición de nuevos grupos y actores con intereses económicos y políticos propios. «Las relaciones coloniales obstaculizaron visiblemente la consolidación de una burguesía local capaz de sortear las crisis económicas originadas en buena medida fuera de sus fronteras, asimismo la capitalización de la economía y la ampliación de un mercado interno» (p. 11).

Tomando en cuenta esta relación entre economía y cambio social no sorprende que la autora dedique la primera parte del libro al análisis de la economía puertorriqueña en el siglo XIX esbozando simultáneamente los procesos demográficos del periodo y su ligazón con el problema del trabajo forzoso de los esclavos en las plantaciones. España fue obligada a hallar la solución en este campo, no solamente por las críticas metropolitanas y coloniales a la trata y la esclavitud en general sino también por la presión de Gran Bretaña. La situación en Puerto Rico no fue, en este sentido, tan compleja como en la vecina colonia de Cuba, donde la dependencia económica de la mano de obra esclava fue mayor y también la fuerza de sus partidarios frente a los abolicionistas. Por ello, Madrid tuvo en Puerto Rico más espacio para llevar a cabo la política de cambio económico respecto a la transición del trabajo esclavo al trabajo libre y asalariado, a pesar de que la base económica en ambas islas caribeñas fue la misma: la producción azucarera primero y el café y el tabaco después. El crecimiento económico basado en los cambios tecnológicos y en el declive del trabajo esclavo en el Puerto Rico de la primera mitad del siglo XIX no fue, sin embargo, lo bastante fuerte como para superar la crisis de la década de los setenta, una de cuyas consecuencias para el pensamiento de las capas criollas fue apoyar la idea del autonomismo como fórmula de escape. Sin embargo, esta crisis constituyó solamente el catalizador de los procesos transcurridos ya en la primera mitad del siglo en la esfera cultural y científica. Puerto Rico no fue ninguna excepción en el desarrollo de las sociedades del mundo atlántico del siglo XIX. El auge del interés en las ciencias naturales, teóricas y aplicadas, en ambas costas del Atlántico del siglo de las luces ligado con la institucionalización de la ciencia en los centros de la vida científica, fue acompañado por la creación de instituciones cuyos miembros manifestaron su interés en el desarrollo cultural. Surgieron diferentes Academias literarias en París, Londres, Sevilla o La Habana con la misma convicción de las Sociedades de Ciencias Naturales, Geográficas, etc.; frente a las sociedades modernas se abren nuevas perspectivas y la humanidad alcanzará nuevos horizontes.

La creciente importancia de las capas criollas en la economía de Puerto Rico y el esfuerzo de la Corona de no permitir su participación en las decisiones políticas tuvo consecuencias económicas, sociales y culturales y profundizó la crisis de confianza entre los portavoces de los «nuevos» puertorriqueños y la metrópoli. Los portadores de la «nacionalidad» puertorriqueña, los habitantes de las ciudades surgidas en el siglo XIX como resultado de la política migratoria de España, alcanzaron durante las décadas del siglo XIX indiscutibles logros en la esfera de la cultura, la ciencia y la

educación. Revistas, periódicos, textos literarios y de especialistas en las diferentes ramas de la ciencia, así como los progresos en el sistema educativo sirvieron a los representantes de la nueva capa culta de la colonia en sus discusiones con la representación colonial que observaron sus exigencias con desconfianza, negándolas en la mayoría de los casos y despertando así una creciente desilusión en la colonia que culminó con el programa autonomista y, finalmente, con el rechazo del colonialismo español y el apoyo a la idea de la soberanía de la nación puertorriqueña.

La imagen de este proceso de maduración de la conciencia nacional en la isla presentado por la autora y documentado en el análisis del ideario de los partidarios de los rasgos específicos de la comunidad puertorriqueña es sumamente convincente. En este contexto, sin embargo, hay que mencionar la conclusión del libro cuando Teresa Cortés, resumiendo la cuestión de la educación y la ciencia, señala: «Más que contribuir al desarrollo científico, como pensaban los letrados criollos, se intentó la modernización de las relaciones labores y articular a diversos sectores de la sociedad para transitar, del trabajo esclavo al trabajo libre calificado, de la alfabetización y el acceso de la población a los servicios educativos. Cabe señalar que en todas estas iniciativas estuvo presente, y como conflicto de fondo, el problema de la soberanía y nación» (pp. 220 y siguientes). Esta idea merece atención y supongo que inspirará futuros debates. En mi opinión, representaron las exigencias de los portavoces de la modernización de la sociedad puertorriqueña en la esfera de la educación como parte de la corriente que caracterizó al mundo atlántico de finales del siglo XVIII y principios del XIX pero no hubo relación con el movimiento nacional o protonacional en el inicio del proceso de la constitución de la nacionalidad en Puerto Rico. La misma situación existió en Cuba y en algunas partes de Europa donde las pequeñas naciones durante el llamado «renacimiento» de estas comunidades compartieron la fe en el poder del progreso de la humanidad y sus partidarios consideraban sus esfuerzos como parte de un proceso general. La primera generación de estos portavoces nacionales no pensó en términos de «soberanía» o «independencia» sino en iguales derechos para su sociedad respecto a la comunidad moderna en la esfera económico-cultural y, más tarde, política.

Esta nota posiblemente demasiado categórica sobre la formulación de Teresa Cortés no quiere, en ningún caso, poner en duda el análisis presentado por la autora y su aportación sustancial a la discusión sobre la historia puertorriqueña del siglo XIX. Una apreciación especial merece la parte del libro dedicada a la problemática de la educación e institucionalización de la ciencia. La encontrarán útil e interesante no solamente los especialistas en la historia de Puerto Rico, ya que —como Teresa Cortés demuestra convincentemente— a pesar de su estatuto colonial, la isla compartió procesos comunes al espacio atlántico y los progresos en la esfera de la educación y la cultura tuvieron un destacado lugar en el proceso de la constitución de la nación puertorriqueña.

Josef OPATRŇY
Universidad Carolina, Praga

FRASQUET, Ivana, *Las caras del águila. Del liberalismo gaditano a la república federal mexicana (1820-1824)*, Castelló de la Plana, Publicaciones de la Universitat Jaume I (Col·lecció Amèrica, 11), 2008, 382 pp.

El libro de la profesora Ivana Frasquet titulado *Las caras del águila. Del liberalismo gaditano a la república federal mexicana (1820-1824)* está dividido en tres partes, con un total de ocho capítulos, prólogo, introducción y una seleccionada bibliografía. Estamos ante una obra que enmarca la independencia mexicana en el proceso de transformaciones revolucionarias y de desintegración de los territorios americanos de la Monarquía hispana en los años fundamentales, que van desde 1820 hasta 1824. Debemos destacar que una de las aportaciones más importantes de este magnífico trabajo es que analiza el proceso de la construcción del Estado-nación en México desde una perspectiva global e integradora, a partir de la herencia del liberalismo hispano nacido de las Cortes de Cádiz. Aunque el periodo es realmente complejo, la autora, en un alarde de claridad conceptual y expositiva, nos acerca a unos años tremendamente apasionantes de la historia de México.

El gran apoyo de fuentes primarias y secundarias que reflejan las notas a pie de página corrobora que es una obra que recoge años de intenso y profundo trabajo en los principales y más importantes repositorios documentales.

La primera parte del libro la componen dos capítulos, que nos introducen en los últimos momentos de la colonia y los primeros pasos de la independencia. En un acertado y detallado análisis, la Dra. Frasquet va desgranando todos y cada uno de los acontecimientos que se desarrollan en la península y en el territorio novohispano con la vuelta de la Constitución gaditana, así como todas aquellas cuestiones fundamentales que se desarrollan en las sesiones de las Cortes en Madrid. Quedan perfectamente definidos los problemas de igualdad de representación por parte de los americanos y el miedo al federalismo, que harán del liberalismo peninsular un bloque extremadamente centralista que contribuirá a favorecer la independencia de los territorios americanos.

La profesora Ivana Frasquet analiza en profundidad los acontecimientos que se desarrollan durante los años 1820 y 1821 a un lado y otro del Atlántico, y que competen a los territorios americanos. En particular todas aquellas propuestas y argumentaciones que los representantes novohispanos hacen en la Cortes sobre la creación de nuevas Diputaciones provinciales, en un claro intento de que fueran el punto de partida de una mayor autonomía americana, a la vez que un freno a las insurgencias. Mientras, al otro lado del Atlántico, la aparición del Plan de Igualada intentaba abrirse paso con unas propuestas que buscaban aglutinar dos cuestiones: el liberalismo de las Cortes de Cádiz y la Monarquía hispana. La descripción y análisis de los acontecimientos que se desarrollan en México, así como el estudio preciso y clarificador sobre las actuaciones y relaciones entre Agustín de Iturbide y el último jefe político de la Nueva España, Juan O'Donojú, y que dieron como resultado la firma de los Tratados de Córdoba, demuestran el amplio y preciso conocimiento que sobre esta cuestión tiene la autora del libro. Además, queda perfectamente patente la situación de frustración de los diputados americanos por no haber avanzado en sus pretensiones, dando todo ello como resultado el final de la vía autonomista.

La segunda parte nos introduce, a través de los capítulos tres al seis, en los primeros pasos, organización, problemas y actuaciones de la Junta Provisional Gubernativa, el posterior Congreso Constituyente, su disolución y la creación de la llamada Junta Nacional Instituyente. Muy interesante es el estudio que se hace de los primeros acuerdos de funcionamiento de la Junta Provisional, ya que como cuerpo legislativo se analizan las diferentes concepciones que se podían estar formando en ella. Además, queda claramente explicado y definido que más allá del ordenamiento jurídico, asistimos al comienzo de la construcción de los nuevos elementos superestructurales e identitarios de la nueva Nación, no dejando la autora de analizar perfectamente la conformación de un nuevo simbolismo para concienciar a los nuevos ciudadanos. En cuanto al recién nacido Congreso, uno de los primeros problemas a los que tendrá que enfrentarse, será la pugna por el poder local y provincial, con la petición de instalación de nuevas diputaciones. En esta cuestión debemos resaltar el pertinente análisis que la profesora Frassetto realiza, a través de algunos casos muy significativos, sobre los conflictos que se generan entre ayuntamientos y diputaciones por asumir competencias que dieran un mayor control y poder. Las difíciles y tensas relaciones entre el Gobierno y el Congreso, con el telón de fondo del Tribunal Superior de Justicia, la Constitución, y el dilema de la soberanía, darán lugar a la disolución del Congreso. Le sustituirá la Junta Nacional, cuyo objetivo será el de ejercer las funciones legislativas siguiendo las directrices del gobierno, aunque finalmente serán las órdenes del propio Iturbide las que se ejecuten.

En los capítulos siete y ocho, que componen la tercera y última parte del libro, la autora nos habla de la restauración del Congreso Constituyente y del abandono a la posibilidad de seguir manteniendo la monarquía constitucional como forma de gobierno, abriendo el camino hacia la república. La Dra. Frassetto no solamente hace un estudio de los aspectos puramente políticos, sino que interrelaciona perfectamente aquellas variables de matiz económico más problemáticas y complejas, como por ejemplo las que tienen que ver con la fiscalidad o la propiedad, en cuanto a la disolución de los mayorazgos. Cuestiones como el estamento militar también son abordadas en el último capítulo, desde la perspectiva de la profesionalización y estabilización de un ejército nacional liberal, que junto con la hacienda se van a convertir en los dos pilares fundamentales de los que se va a ocupar prioritariamente en esta nueva etapa el Congreso de una nascente República representativa y federal.

Otra de las muchas aportaciones interesantes y atractivas de esta obra reside en el tratamiento y análisis que se da a Iturbide, sin apasionamiento, desde la perspectiva de hombre político, más que la de hombre héroe, tantas veces acuñada por una parte de la historiografía mexicana. Ello nos permite acercarnos más y entender mejor al personaje político y simbólico en el contexto complejo en el que se desarrolla, quedando perfectamente expuesto el más importante modelo de referencia que supuso para él la figura de Napoleón Bonaparte.

La utilización de preguntas retóricas a lo largo del texto por parte de la autora, hace que el lector no se convierta solamente en sujeto pasivo receptor de información histórica, sino que se sienta integrado y participe en los análisis e interpretaciones de

los hechos históricos que se presentan. La inclusión de textos originales en el discurso histórico de los acontecimientos, a la vez que necesarios, quedan perfectamente incardinados en las aseveraciones, aclaraciones y análisis de los mismos, acercando al lector con un lenguaje claro y brillante a comprender los momentos claves de la incipiente nación mexicana.

En definitiva, el libro aporta un excelente y exhaustivo análisis sobre lo que supuso la Constitución de 1812, con sus adaptaciones según las necesidades, como modelo sobre el que se basaron las transformaciones y cambios a lo largo de la construcción del Estado-nación mexicano, hasta que la eclosión federal terminara exigiendo otros parámetros legales sobre los que fundar sus bases. Por todo ello estamos seguros de que se va a convertir en una obra indispensable para todos aquellos que, o bien quieran conocer rigurosamente dicho proceso, o adentrarse a investigar sobre dicha temática.

Juan José SÁNCHEZ-BAENA
Universidad de Murcia

GARCÍA JORDÁN, Pilar, *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, 358 pp., cuadros, gráficos, mapas, planos, 247 fotografías e índices.

Si bien este nuevo libro de Pilar García Jordán constituye una obra en sí, también es parte de un largo proceso de investigación de la historiadora, todavía en curso, que ya produjo anteriormente sus frutos. En 2001, con *Cruz y arado, fusiles y discursos*, García Jordán entregó una obra hoy clásica, sobre «la construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia» en el siglo XIX y parte del XX. En 2006, se interesó particularmente por uno de esos Orientes: la región de Guarayos en el actual departamento de Santa Cruz en Bolivia, «un» Oriente que, como se complace en enfatizarlo la autora, no puede seguir siendo asimilado sin mayores reparos a los espacios vecinos, y mejor conocidos, de Mojos y Chiquitos. El resultado fue una monumental historia de Guarayos entre los años 1790 y 1948, que analizaba la inter-actuación entre los religiosos franciscanos, los indígenas guarayos, el Estado nacional y las élites regionales a lo largo de más de un siglo y medio, hasta la secularización de las misiones («*Yo soy libre y no indio: soy guarayo*»). *Para una historia de Guarayos, 1823-1948*). Hoy, delimitando cada vez más su tema, Pilar García Jordán se interesa en un periodo, sin duda el más fascinante, de la historia de Guarayos: el tiempo de la llamada República Guaraya que se inició a finales del siglo XIX. Y si bien su anterior libro ofrecía unas 50 fotografías al lector para complementar el estudio, hoy las fotografías son casi 250, y son el tema principal de la investigación.

La primera parte del libro consiste en un denso análisis histórico que pretende reconstruir la historia de la conquista y la reducción de los guarayos entre 1790 (cuando

tuvieron lugar los primeros contactos) y 1939 (cuando se secularizaron las misiones). Los cuatro primeros capítulos de esta parte preparan en realidad el terreno para el último, dedicado a «la construcción de la República Guaraya» —el marco en el cual debemos mirar, entender e interpretar las series de fotografías que constituyen la segunda parte de la obra.

La República Guaraya fue un proyecto cultural, o «ideológico-cultural», ideado a fines del siglo XIX por los franciscanos que vivían en las misiones de Guarayos, sobre el modelo de las antiguas misiones jesuitas cerradas al mundo exterior. Tenía dos objetivos estrechamente ligados: proteger a los indígenas de la sobreexplotación o incluso de la esclavitud en manos de los hacendados, empresarios gomeros y demás élites regionales; y protegerlos, también, de la «corrupción» de los vicios de los «civilizados». Eminentemente paternalista y basado sobre la idea del «buen salvaje», el proyecto funcionaba sobre un modelo segregacionista, queriendo mantener «incontaminada» la «civilización guaraya». Se trataba por cierto de una «civilización» bastante re-elaborada, pues su primera característica era ser católica; sin embargo, al mismo tiempo, los padres apelaron a otros «ingredientes» para asentar su proyecto, como la lengua guaraya, su territorio, e incluso el antiguo mito del Abuelo (*Tamoi*), ya registrado por los primeros misioneros jesuitas del siglo XVI.

Sin que eso implique ningún proyecto político separatista, los padres quisieron afirmar la identidad de su «república» a través de los símbolos tradicionales de un Estado, de un país: crearon así un escudo, una bandera, e incluso un himno guarayos. La «República» tenía su propio periódico, el *Eco Guarayo*, transformado luego en *Crónica Guaraya* —reeditada por cierto hace apenas un año en Cochabamba por Mauricio Valcanover—. Y tuvo, también, sus fotógrafos, traídos por los padres con el explícito objetivo de «dar a conocer al mundo barbarizado la civilización de nuestra floreciente república» guaraya.

Es así que este libro está centrado en 247 fotografías tomadas entre 1898 y la década de 1950 en territorio guarayo. La mayoría fue tomada por los padres franciscanos o por encargo de ellos; una minoría fue sacada por viajeros de paso. Están divididas en cuatro series: la primera, ilustrando escenas de la vida diaria de las misiones, fue tomada a finales del siglo XIX e inicios del XX; la segunda corresponde a la visita del internuncio Caroli a las misiones en 1918; las últimas dos datan respectivamente de los años 1920-1930 y 1940-1950, y están dedicadas a los esfuerzos de los franciscanos entre los sirionós.

El análisis que García Jordán hace de este corpus evidencia, de manera ejemplar, que la fotografía es mucho más que una simple «ilustración», y constituye una fuente histórica en sí. Como cualquier fuente, debe ser sometida a la crítica historiográfica, y mucho más en este caso, pues fueron tomadas con el claro objetivo de dar a conocer y de justificar la labor de los misioneros. En este sentido, nos informan mucho más sobre el proyecto misionero en sí que sobre los indígenas mismos. Se trata, en gran parte, de imágenes «“construidas” para la ocasión (...) para mostrar la diferencia entre el “antes” y el “ahora” (p. 177), para demostrar el logro misionerosde una «civilización guaraya». Por cierto, una relación asimétrica se evidencia también en la construcción

de las fotografías entre los misioneros (sentados) y los indígenas (puestos en pie) —aunque, como lo recalca la autora, los indígenas aparezcan siempre «revestidos de toda dignidad (...) de una nobleza primitiva» (pp. 176-177).

Tal dignidad o «nobleza» parece por el contrario ausente en las dos últimas series de fotografías, sin duda las más interesantes de un punto de vista etnológico. Estas dos últimas series están dedicadas a los tardíos intentos de evangelización de los indígenas sirionós en Santa María y Salvatierra. El enfoque y el interés etnológicos aparecen por primera vez: nos muestran casas, utensilios, prácticas de cacería, etc. Pero el contraste es demasiado grande entre estos sirionós, desnudos y primitivos, y los guarayos que aparecen en la misma serie, o las casas edificadas por los franciscanos. No cabe duda que, ahí también, y más allá de las informaciones que nos puedan brindar estas imágenes, su objetivo principal sigue siendo el mismo: ilustrar y demostrar, a través de los retratos de los «salvajes» sirionós, una suerte de «prehistoria» de de las misiones de Guarayos; algo así como «así eran los guarayos» —y, contraponiendo los desnudos sirionós con los neófitos guarayos, justificar en silencio, pero gráficamente, la existencia de las misiones.

Tal vez esto no importe tanto: construidas o intencionales, estas imágenes son en todo caso «fragmentos de una realidad y de un tiempo que pasó» (p. 192); son, para el caso de los sirionós, los únicos testigos de un pasado muy reciente pero casi inalcanzable por el trauma que sufrieron estos grupos por su brutal contacto con la sociedad occidental. Esto basta para justificar no sólo su preservación sino su difusión, y encontraron en Pilar García Jordán a la mejor de las comentaristas en un libro, excelentemente editado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Isabelle COMBÈS

Instituto Francés de Estudios Andinos/UMIFRE n.º 17 CNRS/MAE

LIDA, Clara E., *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades*, México, El Colegio de México, 2009, 180 pp.

Como si de un caleidoscopio se tratara —formando imágenes diversas a partir de unos mismos fragmentos de vidrio— esta obra de la historiadora Clara E. Lida reúne una serie de textos a través de los cuales se ofrecen varias miradas al hecho histórico del exilio republicano español en México. Estas miradas aquí reunidas constituyen el aporte fundamental de dos décadas de investigación y reflexión en las que la autora consolidó toda una línea de estudio y animó todo un esfuerzo colectivo por desentrañar esta historia del exilio, esfuerzo que, a día de hoy, setenta y un años después de la llegada del mayor contingente de refugiados a las costas mexicanas, rinde frutos copiosos y de calidad.

Con este *Caleidoscopio* la doctora Lida cierra una página importante de la escritura de la historia de los desplazamientos masivos y forzados de personas a México, enfatizando de entrada el singular papel jugado por este país como espacio receptor de

exilios en el siglo XX, sin parangón con otros lugares de recepción de población foránea del continente americano. El libro, como su propia autora indica, no pretende aportar datos nuevos sino compartir las reflexiones acumuladas en un largo periodo y merced a un debate continuo, acerca de diversas facetas que, no por ser ya conocidas, dejan de estar sujetas a nuevos interrogantes.

El objetivo central de la obra consiste en analizar aspectos diversos de cómo fue ese exilio en México en sus primeros lustros; cómo se insertó este colectivo en la sociedad de acogida y si se integró en ella, y cuáles fueron algunas de las contradicciones y paradojas esenciales de este proceso. La organización del texto en dos partes claramente diferenciadas permite a la autora transitar del análisis teórico y metodológico al espacio más tangible de las experiencias de los actores mismos, y dirigir el foco de atención hacia algunos de ellos en concreto.

Así, la llegada de los republicanos a México y los pasos seguidos para insertarse en el país, con sus avances y titubeos, constituyen los temas fundamentales de la primera parte. En ella se examinan los aspectos cuantitativos del éxodo español así como algunas facetas de la construcción de la identidad en el exilio, de la memoria y los vaivenes entre integración y desarraigo. La segunda sección arranca con un intento de comparación entre el exilio español y el argentino de 1976, lo cual permite entender mejor las circunstancias y los mecanismos de ambos destierros, en una consideración de México como *palimpsesto de exilios*, o la superposición de experiencias expatriadoras en este país gracias a las políticas de asilo desarrolladas por los gobiernos post-revolucionarios. En esta segunda parte se exploran, además, dos colectivos disímiles entre sí como los historiadores y las niñas, con sus especiales características de origen, su éxodo y eventual inserción en México. Finalmente, el libro se cierra con tres excelentes acercamientos a modo de homenaje a personajes vinculados de diversas formas con el exilio republicano de 1936-1939: Lázaro Cárdenas, Vicente Llorens y José Puche Planas. Broche de oro, sin duda, para un texto de variado paisaje y vibrante en planteamientos, conclusiones y nuevos interrogantes.

Una de las principales hipótesis que atraviesan este trabajo en sus distintas partes se refiere a la interacción entre la anuencia política mexicana a la recepción —manifestada en múltiples y variadas disposiciones favorables por parte de los distintos gobiernos— y la conformación paralela de una identidad de los exiliados, firme y permanente, como tales. Esta interacción devino en un resultado paradójico; sin la presión por asimilarse al país de acogida, afirma la autora, «este colectivo se mantuvo durante años al margen de las sociabilidades mexicanas», pero inserto en las de origen, en una España perdida y una identidad republicana opuesta al franquismo (p. 14). Esta memoria republicana y la identidad del exilio hicieron de la integración una cuestión secundaria.

Otro de los ejes de este texto se refiere a la memoria que el exilio construyó de sí mismo. La memoria colectiva, construida a partir de recuerdos compartidos, se impone como modelo de las experiencias y el saber propios del grupo. Esto generó ciertos tópicos tanto en el discurso oficial mexicano como en el propio exilio (como la idea de que el exilio se caracterizó por ser intelectual y culto, pese a que los datos demos-

traban que, ante todo, era de origen industrial, artesanal, agrario y en menor medida profesional y de servicios), tópicos que Lida desmonta con acierto a lo largo del texto. Si ser aceptados por parte de los mexicanos no fue fácil, ¿hasta qué punto —se pregunta esta autora— tuvieron los refugiados voluntad de integrarse a México? De este modo, la frase tantas veces repetida de no ser «ni de aquí ni de allá» se convirtió en otro cliché del exilio, complementado con la famosa aseveración del pensador José Gaos de que el exilio no fue un destierro sino un «transtierro» por el cual los que llegaron acabaron trasplantando intactas sus raíces.

Para Clara Lida, esta pretensión de pertenecer simultáneamente a dos mundos disímiles resultó en una identidad a menudo fragmentaria. Es lo que ella denomina la *voluntad de la memoria* de los individuos y colectivos que sufren el destierro forzado, el tercer gran eje que apuntala este libro. Si la memoria fomentó con el tiempo el desarraigo e incluso un modo de vivir en el pasado, un freno para vivir el presente, terminó instalando una *cultura en vilo*, o el desasosiego de no tener «un referente real al cual integrarse» ni hacer suyas las identidades y valores del nuevo entorno al que llegaron.

Bajo estos ejes se amparan, como decíamos, textos muy diversos en cuanto a su enfoque conceptual, metodológico y respecto a las fuentes a partir de los que se construyen. Así, por ejemplo, el propósito del primer capítulo consiste en examinar cuántos y cómo fueron los exiliados que se insertaron en la sociedad mexicana durante el periodo de 1939 a 1950, cuáles fueron sus características a lo largo de los doce años siguientes y cuál el volumen de ese exilio. Para ello la autora exploró dos fuentes: cartas de naturalización y tarjetas de identificación expedidas a la llegada por el gobierno mexicano a través del Registro Nacional de Extranjeros. El análisis del perfil socio-demográfico de los exiliados republicanos se orientó a sus orígenes, calidad migratoria, ocupaciones, edades, estado civil, religión y otras variables. Frente a la idea tradicional de que el flujo migratorio español dejó de llegar a México tras la guerra civil española, este estudio desvela que a partir de 1946 quienes se exiliaron en dicho país no fueron únicamente refugiados sino también españoles cuyo perfil se acercaba más al de los antiguos inmigrantes, cuyos motivos para salir de España no se vinculaban explícitamente con actividades políticas durante la guerra ni con sus secuelas represivas, aunque sí con la devastación material y económica de España. El examen de datos como la edad, sexo, estado civil, religión, lugar de asentamiento y otros, permite a la autora inferir que con el tiempo las antiguas redes migratorias se recompusieron y volvieron a llegar inmigrantes que se vinculaban con los que ya estaban asentados aquí desde antes de la guerra (p. 59).

Por otro lado, el libro aborda el complejo territorio de la memoria y la historia —ese espacio común donde se dan cita las paradojas de la identidad del exilio español en México— y lo hace a través de un acercamiento a los *lugares de la memoria* de los exiliados, los ámbitos formales y tangibles pero también simbólicos —de los que hablara Nora— construidos para preservar una identidad social y cultural. La autora destaca, en este sentido, la actividad editorial de los exiliados, en especial de la Editorial Séneca, dirigida por José Bergamín, la cual cumplió para Lida una triple función de

memoria: una memoria ética del espíritu de concordia republicano; una memoria poética de aquellos escritores que desde el exilio habían manifestado su vocación de tolerancia y respaldo a la España democrática y, finalmente, una memoria cultural republicana como sostén de la voluntad de recordar la intensa vida artística, científica e intelectual. Al mismo tiempo, otro aspecto de esta misma labor editorial tuvo el propósito específico de mantener vivas y rescatar la memoria de las lenguas no castellanas habladas en el territorio español, ejemplo de lo cual es la actividad intensa de las editoriales catalanas en México (pp. 72-74).

Otra manifestación de la voluntad de la memoria de los exiliados fue la creación de escuelas para sus hijos, auspiciadas por las organizaciones del exilio y en cierta medida por el gobierno mexicano. Los pequeños españoles educados en estas escuelas del exilio, según la autora, quedaron inmersos en la memoria de un mundo del cual habían sido desterrados. Los centros transmitieron la cultura aprendida y enseñada en las escuelas de la Segunda República española, empresa ideal pues esa España había sido destruida y existía únicamente en el pasado. Por eso justifica la autora que se trate de una cultura en vilo, pues se hallaba «desgajada del tronco cultural peninsular pero sin raíces vigorosas en las cuales arraigar» (p. 75).

Para terminar, el caleidoscopio propuesto por Lida nos permite acercarnos a los actores individuales y colectivos de este éxodo y reflexionar sobre sus experiencias e identidades. Hallamos, en definitiva, en estas páginas, la constatación de algo que la autora aprendió de sus maestros exiliados, que la mejor memoria no es la que está en vilo, sino la que reconoce las cambiantes y complejas realidades de la historia y se inserta en ella.

Alicia GIL
Universitat Autònoma de Barcelona

PANFICHI, Aldo (ed.), *Ese Gol Existe. Una mirada al Perú a través del fútbol*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008, 307 pp.

El sociólogo Aldo Panfichi, con *Ese Gol Existe. Una mirada al Perú a través del fútbol*, nos propone un ejercicio de sociología histórica que aborda desde distintas perspectivas la relación entre fútbol y sociedad durante el largo siglo veinte peruano. El resultado de esta iniciativa es un libro que busca constituirse como el primer «esfuerzo colectivo por construir la sociología del fútbol como un campo académico autónomo y legítimo» (p. 13). Los trece trabajos que componen este volumen se pueden agrupar en tres áreas temáticas: identidades y transformaciones comunitarias del fútbol peruano; tensiones y rivalidades de la vida futbolística; y la construcción de narrativas culturales del balompié.

Entre el offside y El Chimpún: Las Clases Populares Limeñas y el Fútbol, 1900-1930 (Stokes, Deustua y Stein), destaca por su temprana preocupación por ree-

valuar el rol del fútbol dentro de la sociedad limeña. Fuertemente influenciado por las corrientes teóricas del momento con autores como Lukacs, Marx y Althusser, este artículo se centra en la función social que cumplía el fútbol en las primeras décadas del siglo veinte. La tesis propuesta por los autores es que existió un momento crítico en la historia del fútbol peruano, ejemplificado en la llamada rebeldía del Alianza Lima en 1929, en el cual el fútbol como espacio social popular autónomo y productor de conciencia colectiva fue cooptado por el denominado fútbol institucionalizado. De esta manera, a pesar de su indiscutible ligazón con el mundo popular, «el régimen impuesto por los dueños de los equipos, las fábricas, clubes profesionales, patrones, la Federación, y el Estado» (p. 90) forzaron a los practicantes a dejar de lado el fútbol como expresión popular.

El Origen y la difusión del fútbol en Lima, 1829-1919, del historiador Gerardo Álvarez, y *De la fundación del fútbol a la invención Aliancista: el Alianza Lima, club de obreros, negros y de La Victoria*, del sociólogo Martín Benavides, construyen su marco teórico a partir del trabajo de Stokes, Deustua y Stein, y presentan el rápido desarrollo del fútbol peruano a principios del siglo XX. Basado principalmente en el estudio de la prensa, ya sea crónicas periodísticas o revistas, Gerardo Álvarez nos presenta un estudio de la práctica del fútbol en la ciudad de Lima y en el puerto del Callao a principios del siglo XX, con la intención de desmitificar ciertas creencias populares. Según el autor «a contracorriente de la imagen más difundida, que afirma que los primeros pasos del fútbol en esa ciudad fueron dados por sectores populares que lo practicaban en calles y callejones» (p. 53), las fuentes revisadas señalan que fueron los emigrantes ingleses y la elite, quienes se encargarían de la creación de los primeros clubes.

Martín Benavides busca entender la invención de la tradición aliancista como un club compuesto por obreros, negros y habitantes de La Victoria. Las conclusiones son claras, el Alianza era «del pueblo y de los obreros no sólo porque sus jugadores eran trabajadores y miembros de los barrios populares, sino porque también representaban simbólicamente las luchas populares» (p. 105). El Alianza también era un equipo de negros, pues a pesar de que la comunidad afro-peruana estaba muy dispersa residencialmente, sus miembros tendieron a concentrarse en ciertas ocupaciones y formas de asociatividad religiosa o cultural. El Alianza Lima, por lo tanto, se convirtió en un espacio de encuentro y reivindicación social para una comunidad que se encontraba en una situación de inferioridad económica y social.

El fútbol en la cima del mundo: crónica del ascenso del Club Cienciano, de Richard Witzig, y *Fútbol, Cultura e Identidad en el Perú*, de David Wood, aluden a la construcción de identidad cultural peruana y su relación con el fútbol. El primero centra su análisis en el caso del Club Cienciano de Cuzco, refiriéndose a las ventajas geográfico-biológicas de la localía del club, y a la exitosa campaña en la Recopa en el 2003 (p. 269). El segundo basa su análisis desde la perspectiva de los estudios culturales intentando comprender la construcción de la idea de nación a través de distintas narrativas. A juicio de Wood, el fútbol como narrativa penetró formas culturales que se consideraban de elite a mediados del siglo, y transformó a este deporte en un agente

cultural que desenmascara las ambigüedades e indeterminaciones de la historia del país, «realizando una contribución importante al definir y refinar lo que significa ser peruano» (p. 248).

Identidad y rivalidad: clubes y barras. Alianza Lima y Universitario de Deportes, de Panfichi y Jorge Thieroldt, revela los procesos de transformación de identidad y rivalidad de los clubes más populares del Perú. Centrando su análisis en la construcción de contenidos de identidad alrededor de los equipos de fútbol, nos presenta tres conclusiones: 1) Los símbolos de identidad construidos alrededor de la cancha de fútbol son estructuras culturales que permiten a los participantes «definir con gruesos trazos quiénes son ellos y qué representan» (p. 188), reduciendo la complejidad social que los agobia. 2) Los productores de símbolos de identidad futbolística y de rivalidades son los aficionados, socios, periodistas, y trabajadores que se congregan alrededor de la actividad. 3) El rol de las barras como agentes de afirmación y cuestionamiento de las identidades fundacionales de los clubes.

Jaime Pulgar con *A bastonazo limpio. La historia del primer clásico del fútbol peruano*, y Jorge Thieroldt con *Barras y pandillas: límites cotidianos a la construcción de igualdades*, nos presentan dos formas de aproximación a la organización de los jóvenes en barras de fútbol en las calles y barrios populares limeños. Ambos buscan explicar un fenómeno social que muchas veces ha sido sobre simplificado por los medios masivos de comunicación como simple anomia social. En *Los usos del fútbol en las prisiones de Lima (1900-1940)* Carlos Aguirre sintetiza sus premisas sobre el poder y la criminalidad en Perú, planteando la prisión como un espacio social en el cual la comunidad de presos tienden a reproducir las tensiones sociales o raciales del exterior. La relación entre cárcel y sociedad, plantea Aguirre, «son mas porosas de lo que usualmente imaginamos» (p. 174).

El tercer grupo de trabajos está compuesto por: *Berlín 1936: La verdadera historia de los olimpicos peruanos* de Luis Carlos Schreiber, y *Fantasías políticas y sociales en el fútbol peruano: la tragedia de Alianza Lima, 1987*, de Aldo Panfichi y Víctor Vich. Ambos trabajos analizan construcciones narrativas fantásticas que han quedado en el imaginario colectivo peruano, y que con el paso del tiempo se transformaron en leyendas. Finalmente, Aldo Panfichi nos ofrece *Don Varleiva: memorias de una época*, y Luis Carlos Arias Schreiber *Cincuenta años de prensa deportiva en el Perú con Littman Gallo, Gallito*. El primero narra las memorias de Don Víctor Andrés Rodríguez Leiva, una historia de vida que narra el desarrollo del periodismo deportivo de la primera mitad del siglo XX y aporta interesantes observaciones sobre la vida bohemia y política de su época.

Dos palabras sobre estructura y metodología. Uno de los méritos de este libro es su condición multidisciplinaria. Ésta, nos permite entrar al fenómeno social del fútbol a través de distintas perspectivas. Si bien hay artículos más fuertes en términos metodológicos, como los de Panfichi y Aguirre, todos aportan desde su particularidad. De ahí la importancia de la introducción escrita por Aldo Panfichi, donde presenta una suerte de epistemología para una sociología del fútbol, dando coherencia a un volumen que incluye textos que utilizan distintas metodologías, como narraciones perso-

nales, historia social, sociología y periodismo. El mérito es colectivo, no cabe duda, pero Panfichi, como capitán del equipo, merece una felicitación por el resultado obtenido en este encuentro.

Cristian CASTRO
Universidad de California, Davis

PAZ SÁNCHEZ, Manuel de, *Martí, España y la masonería*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, «Letras de Cuba», 2008, 185 pp.

Este ensayo del reconocido historiador, especialista en temas masónicos, Manuel de Paz Sánchez, catedrático de Historia de América en la Universidad de La Laguna, ofrece una apretada síntesis en torno a un problema que, durante décadas, ha interesado a los historiadores de la masonería a ambas orillas del Atlántico. El estudio está bien planteado, bien estructurado y, aunque a veces da la sensación que se ha escrito de manera un tanto apresurada, lo cierto es que resulta convincente y, como el conjunto de la obra de este autor, muy riguroso. En tal sentido se han consultado fondos bibliográficos, hemerográficos y documentales de la Biblioteca Nacional de España, del Archivo General de la Guerra Civil Española y de otros centros, sin olvidar la importante colección de Boletines masónicos del Grande Oriente Lusitano Unido, que Manuel de Paz analiza con meticulosidad y eficacia.

El libro, que fue objeto inicialmente de un amplio artículo que se publicó en la prestigiosa revista digital francesa *Nuevo Mundo-Mundos Nuevos*, se estructura en seis apretados capítulos que plantean el desarrollo del tema, analizan los rasgos esenciales de la masonería española de la década de 1870, se hacen cargo de la iniciación masónica de José Martí en el Madrid de la época, se preocupan por destacar algunos de los elementos medulares de la «cuestión cubana» durante la I República española y, en fin, concluyen en lo que el autor denomina la «gran decepción de José Martí». El estudio está prologado por el historiador y diplomático cubano Luis Toledo Sande, especialista reconocido internacionalmente de la figura de José Martí, y, asimismo, se acompaña, a manera de apéndice, de tres textos fundamentales del héroe nacional cubano en relación con la I República española y con la situación bélica en Cuba, que desde antes y, por supuesto, después de 1874 seguirá en guerra con España, en ese episodio crucial para la historia de ambos países que es la Guerra Grande o Guerra de los Diez Años.

El texto del profesor Manuel de Paz resulta convincente, ya que, tal como sostiene, el hallazgo de un documento en Cuba que demostraría la iniciación masónica de Martí en el Madrid de 1871, concretamente en la logia *Caballeros Cruzados*, en lugar de la que hasta hace poco se creía que le había recibido, es decir, la *Armonía*, también de la capital de España, esta realidad, en fin, no parece tener una mayor relevancia, ya que la vida de ambos talleres transcurrió de forma paralela.

Ahora bien, una vez demostrada la presencia de Martí en los círculos masónicos de la España del Sexenio Democrático, momento de arranque, sin duda, de la masonería española contemporánea, quizás lo más relevante del problema y, de hecho, del propio libro de Manuel de Paz, sea el hecho de que algunas de las figuras más destacadas de esos círculos como fueron Roberto Roberts, Ramón Cala y Francisco Díaz Quintero, este último, sobre todo, gran amigo de Martí, eran al mismo tiempo federalistas convencidos, hasta la médula, de la necesidad de mantener la unidad de la Nación española.

Así, pues, frente a la súplica secesionista del joven José Martí:

No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba. —Que la República de España sería entonces República de sinrazón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez Gobierno liberticida.

Francisco Díaz Quintero, lo mismo que Ramón de Cala, contribuyeron decisivamente a elaborar y, finalmente, apoyaron el proyecto de Constitución Federal que incluía a Cuba y Puerto Rico entre los Estados, es decir, las nuevas provincias de la República Federal española. Ambos diputados presentaron, incluso, un proyecto de Constitución completo y «no ciertamente más radical —matizaba Morayta— que el redactado por Castelar; pero sí técnico y minucioso al punto de constituir todo un tratado didáctico de Derecho Político, semejando por sus repetidas definiciones, no una Ley Constitucional y sí el Programa razonado de un Partido».

El proyecto de Constitución Federal, que fue discutido el 11 de agosto de 1873, recibió numerosas enmiendas, algunas de las cuales, encaminadas a rectificar el número de Estados previstos inicialmente, mostraban sobre todo, en opinión de Morayta, la «dificultad de deshacer la obra de la Historia y de dominar los odios de campañario». Díaz Quintero, como ya se dijo, retiró su proyecto alternativo y, acto seguido, se acordó «discutir el dictamen de la mayoría de la Comisión en su totalidad». La situación general del país impidió, sin embargo, que la Constitución fuera aprobada finalmente. Pero, el primer artículo del Título Primero («De la Nación española»), rezaba textualmente:

Artículo 1.º Componen la Nación española los Estados de Andalucía Alta, Andalucía Baja, Aragón, Asturias, Baleares, Canarias, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Cataluña, Cuba, Extremadura, Galicia, Murcia, Navarra, Puerto Rico, Valencia, Regiones Vascongadas.

Los Estados podrán conservar las actuales provincias o modificarlas según sus necesidades territoriales.

El autor, además, ha puesto especial cuidado en analizar las crónicas de historiadores masones como el famoso Miguel Morayta, entre otros varios, y por la búsqueda rigurosa de una lectura profunda de una historia que, frente a las acusaciones del pasado, jamás concibió de manera positiva el ideal emancipador de los territorios que

constituyeron el viejo imperio de facto. Un libro, pues, de lectura y relectura no solamente necesaria sino, también, altamente recomendable.

Pedro ÁLVAREZ LÁZARO
Universidad de Comillas (Madrid)

PÉREZ VEJO, Tomás, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México-ENAE-INAE, 2008, 467 pp.

En una amplia y esclarecedora introducción el autor perfila los objetivos, hipótesis y metodología que ha seguido en la investigación y elaboración de *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*. Especialista en temas relacionados con la construcción nacional y la identidad, desde la historia de las ideas (intelectual y política) Tomás Pérez Vejo desgana cada uno de los argumentos que fueron esgrimidos por los diferentes partidos e ideologías en torno a los componentes de la nación en México entre 1836 y 1867, en la prensa pública, folletos, debates públicos y discursos pronunciados y publicados con ocasión las fiestas cívicas y nacionales. El estudio comienza en 1836, con el reconocimiento de España y México como naciones independientes plasmado en la firma del Tratado de Paz Amistad de ese año, y termina en 1867 con el fin del imperio, el fusilamiento de Maximiliano y la derrota del proyecto conservador. Su objetivo es analizar cómo fue utilizada España y lo español, cómo fueron vistos y presentados en el debate público sobre la nación mexicana protagonizado por liberales y conservadores y, finalmente, qué imaginarios colectivos sobre España y lo español se crearon.

Preocupado por desentrañar el origen de las ideas y de las construcciones identitarias, algunas de las que se han mantenido a lo largo del tiempo y han pasado a ser verdades históricas sobre las que se fundamenta en parte la nación, Pérez Vejo plantea que la guerra de la independencia no fue una guerra entre criollos y peninsulares, sino una guerra civil que enfrentó dos proyectos de sociedad y de nación contrapuestos e incompatibles liderados uno por conservadores y otro por liberales. La historiografía sólo ha sido el vehículo que ha mantenido y fortalecido la propaganda política de los insurgentes. Una propaganda dirigida a crear un espíritu patriótico en el que era preciso formar un panteón de héroes y mártires. Los liberales presentan la independencia como una consecuencia directa de la conquista y los siglos de explotación colonial. El México auténtico era el de los indígenas por lo que urgía desespañolizar la nación. En 1857, el año de la Constitución liberal, los liberales se erigen como la fuerza política legítima al restablecer y reivindicar el pasado indígena como el origen de la nación mexicana. Esta guerra civil, argumenta el autor, continuó a lo largo de la primera mitad del siglo XIX como dos proyectos alternativos de nación. De estos proyectos la historiografía ha resaltado y estudiado los conflictos ideológicos sobre derechos y organización social y política y los conflictos de intereses sobre reparto de recursos.

Se han olvidado de un tercer conflicto identitario que, en opinión de Pérez Vejo, es clave para comprender las dinámicas políticas de la modernidad en México y en otros países.

Si bien su trabajo se suma a los estudios cada vez más frecuentes que rastrean los vericuetos, las ideas, los intereses, los grupos y las elites que tomaron parte en la invención de las naciones, Pérez Vejo nos propone un modelo explicativo propio para América Latina que se distancia del adoptado para estudiar la formación de las naciones en el Viejo Mundo y las originadas tras los procesos de descolonización en el siglo XX. El reto era, apunta el autor, destruir la nación tradicional para construir la moderna. Quizá no se trata tanto de un nuevo modelo explicativo sino el esfuerzo de integrar en él elementos propios que estuvieron presentes e incluso caracterizaron en algunas ocasiones este proceso en América Latina y, por otra parte, de enmarcar estos trabajos en la historia colonial y poscolonial del imperio español.

Retomando algunos de los elementos que pueden servir para explicar de manera diferente el proceso de construcción nacional en América Latina, me voy a centrar en uno de los estudiados en el libro. Nos referimos a la presencia y herencia hispana, una herencia frente a la que definirse y también a partir de la que definirse. Lo español es el otro y, a la vez, es uno mismo. Los orígenes, como indica Edward Said, están condicionando el presente y el resultado¹. Para superar esta posible contradicción o al menos oposición entre pasado y presente, en este proceso de socialización y construcción de la identidad fue preciso encontrar un elemento que uniera pasado y presente, que diera continuidad a la ruptura protagonizada por los, hasta ese momento, españoles y ahora mexicanos (al igual puede observarse en otros países americanos. En casi todos los países el criollo fue el elemento elegido como escalón identitario intermedio entre el español y el, en este caso, mexicano. La cultura criolla que lentamente había ido diferenciándose de la matriz, servía como referente y reafirmación de lo propio ya que, como indica Said, «el punto de partida prefigura el punto de llegada».

Uno de los puntos centrales en los debates en torno a la nación, sus orígenes, integrantes o fundamentos es el peso que tuvo la herencia hispana (desde la cultura material y simbólica hasta los rasgos físicos que identificaban a las poblaciones con una determinada raza), que fue variando en función no sólo de las posiciones políticas e intereses económicos de las elites, sino también a partir de las coyunturas internacionales. Como vemos en otros estudios, sobre todos aquellos que analizan el último cuarto del siglo XIX, la búsqueda de la modernidad fue paralela en muchas ocasiones y momentos a la definición de la nación. La nación no sólo se mira a sí misma, estudia su historia y observa y clasifica a sus habitantes para definirse, sino que busca un espejo en el que verse reflejada. Las variaciones de este espejo es uno de los aspectos a tener en cuenta a la hora de analizar y sopesar la herencia hispana en la creación de la nación y de los imaginarios colectivos. En la construcción de la nación en México, la polémica sobre España fue el eje central; a partir de la posición mantenida frente a

¹ Said, Edward W., *Beginnings: Intention and Method*, Columbia University Press, New York, 1985.

ella, se pasó a considerar y valorar el papel de los españoles en el México del siglo XIX. Este debate fue capaz de acallar otras tensiones raciales y sociales mantenidas a lo largo del siglo XIX y en gran medida algunas de ellas silenciadas hasta el presente. Desde esta posición la hispanofilia y la hispanofobia, en opinión del autor, son dos caras de la misma moneda.

Otro de los aspectos que trata es relativo a la «raza». La raza pasa a ser uno de los elementos explicativos de la nación, de su funcionamiento, de sus logros y desventajas. Desde esta visión, los mexicanos, como hicieron otros pueblos a lo largo del XIX, pensaron que la herencia biológica era importante para llevar a cabo su proyecto nacional y adoptaron las teorías raciales en torno a la superioridad e inferioridad de unas razas frente a otras, la mezcla racial —sus beneficios e inconvenientes—. En este capítulo menciona rápidamente algunas de las teorías que fundamentaron la existencia de razas y sus variaciones que dieron lugar a establecer no sólo diferencias entre las poblaciones sino también a catalogarlas en función de su mayor o menor proximidad al hombre blanco, así como de las relaciones entre las diferentes «razas» en México y de los debates que generó la diversidad racial y la mezcla de razas y su incidencia en la constitución de la nación. La equiparación entre raza y cultura dio lugar a que la raza española se confundiera con la herencia española y con la presencia y la historia española. Lo español es un todo, una categoría creada que explica aciertos y desaciertos, logros y fracasos, pasado más que presente, y sobre lo que algunos, los conservadores, intentan edificar lo nuevo. Tanto la continuidad como la ruptura tuvieron un mismo referente, lo hispano. El debate en torno a ello inundó todos los terrenos políticos y públicos encargados de crear la nación. Conservadores y liberales se enfrentaron también a la hora de definir los orígenes étnicos de la nación mexicana.

Los conservadores, defensores de España y de lo español, apelaron a la raza española como el verdadero fundamento de la nación; frente a ellos, los liberales más radicales señalaban al indio como único fundamento de ésta. Ambos imaginarios se enfrentaron hasta el segundo imperio en el que la imagen de una raza mestiza se esgrime como fundamento de la nacionalidad mexicana. Los descendientes de Guatimocin y Moctezuma eran los fundadores de la nueva nación junto a los descendientes de los conquistadores y colonos españoles. El nexo entre el glorioso pasado prehispánico y el presente se lograba a través de ellos. Pero a la vez se estaba operando otra transformación a nivel de las ideas y del imaginario racial. La raza española fue dejando paso a la llamada raza latina, un término con el que liberales y conservadores pueden sentirse cómodos y que si bien hace referencia a lo español se sitúa sobre él desde el momento que se hace más amplio y pasa a estar integrado por otros significados de carácter simbólico al enfrentarlo a la raza anglosajona. La disputa entre ambos modelos de civilización se traslada a la raza, latinos contra anglosajones. Desde esta perspectiva la raza latina es más fácilmente asumida en México y en general en América Latina. Es, como dice Tomás Pérez Vejo, el primer paso para hacer de México un país latino y mestizo. La virulencia del proceso y de la vida pública mexicana de este periodo se debió, concluye el autor, a que la lucha de identidades fue el elemento más importante del debate político. Hasta tal punto fue así que el proyecto nacional, conservador

y liberal, van a usar las diferencias o marcas identitarias como herramientas de su discurso, por lo que el autor utiliza la dicotomía conservadores-liberales para reproducir las dos facciones de la lucha de identidades. Lo ideológico se convirtió en identitario de tal manera que cualquier conflicto entre españoles y mexicanos se trasladaba al terreno político y se convertía en un enfrentamiento entre conservadores y liberales. Cultura, política, identidad y raza son los elementos fundamentales que ayudan al autor a desentrañar parte de la historia política mexicana que, afanada en definirse como nación, trató de encontrar establecer fronteras nítidas entre españoles y mexicanos creando estereotipos que sólo representaban una parte de la realidad. Su trabajo demuestra de manera rigurosa la forma en que se llevó a cabo la construcción de la nación y su uso y abuso por la historiografía posterior.

Consuelo NARANJO OROVIO
Instituto de Historia-CCHS, CSIC

SANTAMARÍA GARCÍA, Antonio y Consuelo NARANJO OROVIO (eds.), *Más allá del azúcar: política, diversificación y prácticas económicas en Cuba, 1878-1930*, Aranjuez, Doce Calles, 2009, 314 pp.

Más allá del azúcar reúne el esfuerzo y la inquietud de varios especialistas en la historia de Cuba del siglo XIX y primeras décadas del XX por abordar la compleja realidad económica que vivió la Gran Antilla en las fechas comprendidas entre el final de la Guerra de los Diez Años y 1930, precisamente el momento en que tuvo lugar el proceso de modernización e industrialización cubana. El trabajo que aquí se presenta es el resultado de un proyecto de investigación común que, bajo el título *Memoria del azúcar: prácticas económicas, narrativas nacionales y cultura en Cuba y Puerto Rico, 1791-1930*, congrega a un grupo de investigadores de diversa procedencia institucional bajo la dirección de la coeditora de este libro, la doctora Consuelo Naranjo Orovio.

Con el azúcar como trasfondo, el libro contribuye a llenar parte del vacío que hasta hace unos años existía en la historiografía acerca de aquellas actividades económicas que se desarrollaron unas veces al abrigo y como complemento de las distintas fases de la industria azucarera y otras como alternativa a la misma. Esta «diversificación de la práctica económica» fue posible en gran medida por el interés de un grupo de reformadores que supieron ver las limitaciones y efectos negativos que a la larga resultarían de basar su crecimiento económico en un solo producto, esto es, en la producción y exportación del azúcar, por lo que intentaron poner en marcha otros proyectos económicos, que implicaron asimismo un cambio del modelo social imperante.

Esta última cuestión es la que plantea Consuelo Naranjo Orovio. Ya desde la década de los 30 del siglo XIX hizo su aparición en escena una primera generación de reformistas que cuestionó las bases económicas y sociales que había creado el azúcar. Frente al modelo de gran plantación esclavista defendido por la elite azucarera, aque-

llos propusieron una sociedad integrada por agricultores libres que, dedicados al cultivo de la pequeña propiedad agraria, contribuirían a diversificar la producción a partir del cultivo de otros productos, calificados de menores por no darse su cultivo a gran escala, como era el conocido caso del azúcar y en menor medida del tabaco. Con este fin, a lo largo de todo el siglo XIX, se pusieron en marcha numerosas políticas de colonización e inmigración blanca en la isla de Cuba, que son las que la autora desgana a lo largo de las páginas del primer capítulo. Fue precisamente a partir de la década de los cuarenta, a raíz de las cifras arrojadas por el censo de población de 1841, que pusieron de manifiesto que el porcentaje de población de color superaba a la blanca, y como consecuencia de las continuas rebeliones de esclavos, cuando las autoridades coloniales abrieron los ojos a la nueva realidad que el desarrollo de los acontecimientos les imponía: se hacía imperiosa la necesidad de fomentar un blanqueamiento de la población en aras de conseguir un equilibrio racial que garantizase la permanencia de la isla bajo soberanía española. En ese sentido actuó desde 1842 la Junta de Fomento, Agricultura y Comercio —institución creada en 1818 con el nombre de Real Junta de Población Blanca—, en cuyo seno se constituyó una Comisión Permanente de Población Blanca que, mediante un programa de estímulos, trató de favorecer una emigración blanca a la isla, que asimismo permitiría la aparición de un pequeño campesinado —en su mayoría de origen canario—, dedicado a una agricultura diversificada. Por otro lado, el peligro que para las bases del modelo económico en que se asentaba la producción del azúcar suponía la persecución inglesa a la trata —concretada en medidas como el Tratado de 1835 sobre la abolición de la trata o la Ley Penal de 1845 o Ley de Represión del Tráfico Negrero— hizo necesaria la búsqueda de mano de obra diferente a la africana que respondiese a las demandas crecientes de los ingenios.

Cuando en 1886 se abolió la esclavitud, esos mismos colonos se convirtieron en pieza clave del engranaje de la producción azucarera; no debe olvidarse que dicho producto continuaba siendo el principal soporte de la economía cubana. A la escasez de mano de obra y, como consecuencia de ella, al encarecimiento del proceso productivo del azúcar con su reflejo en el precio final del producto blanco, se sumó un nuevo problema el agotamiento de muchas de las plantaciones, así como el de las tierras dedicadas a otros cultivos. En este contexto, a partir de la década de los setenta, surgió una segunda oleada de reformadores agrícolas que, en respuesta a las demandas de hacendados y agricultores, abogaron por la modernización del campo con la puesta en marcha de una agricultura científica, que introdujese novedades tecnológicas, proceso en el que ahonda Leida Fernández Prieto en las páginas de este libro. Aquellos reformadores defendieron también la necesidad de diversificar las producciones del agro cubano y así ensayaron otras actividades agrícolas con desigual éxito, como demuestra el caso del cultivo de la morera y, paralelamente, el desarrollo de una industria sericícola, a los que Mercedes Valero González dedica su estudio, o el de la producción del banano en las costas orientales de la isla, que fue destinado en su mayoría a la exportación a los Estados Unidos, cuyo caso es analizado por Alejandro García Álvarez.

La revolución agrícola que experimentó el suelo cubano fue completada con cambios que afectaron a la industria. Este proceso, los factores que en él incidieron y en

qué manera lo hicieron es el que se encarga de analizar desde otra perspectiva Antonio Santamaría García en el segundo de los capítulos de este trabajo, quien, entre otros, destaca el importante papel jugado en él por el ferrocarril, que no sólo permitió el abaratamiento en los costes del transporte de los diferentes productos, sino también la expansión de las zonas azucareras. Este conjunto de transformaciones, que Santamaría y Leida Prieto abordan en sus respectivos trabajos, permitieron asimismo mantener la competitividad de los productos cubanos y responder así a la demanda de su principal mercado, el norteamericano. Fue éste un proceso en el que se invirtieron grandes sumas de capital —buena parte de ellas de origen extranjero—, que, como señala Santamaría, sólo podían ser rentabilizadas con una política fiscal y arancelaria que no obstaculizase el mercado; pero la metrópoli no supo responder a los intereses de la oligarquía criolla, que reclamó una libertad mercantil y la supresión de algunas de las contribuciones que pesaban sobre las principales exportaciones e importaciones, entre otras demandas. Por el contrario, aquella sólo adoptó reformas parciales y exclusivamente en aquellos momentos en que se hacían imprescindibles, caracterizándose éstas por un fuerte proteccionismo, privilegiando a las mercancías hispanas, como se observa de la repercusión de los tratados firmados con los Estados Unidos, como el Foster Cánovas de 1891.

Precisamente la evolución de la presencia de los productos hispanos en el mercado cubano es la cuestión en la que profundiza Oscar Zanetti Lecuona en el tercero de los capítulos, centrandó su análisis en los años que van desde 1885 a 1913. Hasta 1898, las diferentes mercancías españolas consiguieron mantener un crecimiento sostenido en sus exportaciones hacia la isla gracias a las ventajas derivadas de la mencionada política aduanera metropolitana; pero a partir de esa fecha el gobierno interventor de los Estados Unidos, si bien mantuvo la estructura arancelaria colonial, eliminó todo trato preferencial a las mercancías españolas, lo que supuso una caída en la exportación de las mismas hacia la isla. Salvado este momento inicial, gracias a una serie de factores confluyentes que Zanetti explica en el texto, los productos españoles consiguieron mantener una regular cuota de mercado en la Gran Antilla. No olvida el autor analizar los flujos mercantiles llegados de otros países a la isla, entre ellos el del importante mercado norteamericano, que se vio favorecido especialmente a partir del Tratado de Reciprocidad Comercial entre Cuba y los Estados Unidos, firmado a finales de 1902, así como la cuota de mercado correspondiente a las diferentes partidas. Todo ello queda reflejado en un conjunto de cuadros y tablas que el autor anexa al final de su trabajo, junto a una serie de gráficos que se distribuyen a lo largo del texto, que contribuyen a facilitar al lector la comprensión de la evolución de esa actividad comercial, que Zanetti no duda en calificar como de *comercio en transición*.

Pero además de este comercio que abastecía a la isla de productos que demandaban las industrias motores de la economía cubana, la azucarera y cafetalera, y de otros productos básicos destinados al consumo de la población (textiles, alimentos, etc.), en la mayor de las Antillas se desarrollaron paralelamente otras industrias menores, en las que las actividades de tipo artesanal convivieron con otras actividades de reciente

creación (refinerías de petróleo, fundiciones, papeleras, fábricas para la elaboración del jabón, etc.), las que, a decir de María Antonia Marqués Dolz, «pusieron en práctica modernas técnicas empresariales» a finales de siglo. Estas industrias, que estaban destinadas a satisfacer la demanda interna más urgente, no fueron algo característico y único de la isla antillana, sino que sus homólogas se pudieron encontrar en otros países latinoamericanos, como puede leerse en el libro póstumo de la autora, del que el trabajo aquí contenido constituye una síntesis.

Finalmente, el libro recupera un aspecto de ese proceso de crecimiento económico en el que hasta ahora sólo parecían haberse interesado por razones obvias los estudios regionales e incluso locales: el del destino de los capitales que, crecidos al abrigo de las actividades económicas desarrolladas en la Cuba de finales del siglo XIX, salieron fuera de la isla. Un ejemplo de ello es el que presenta Martín Rodrigo Alharilla, quien nos introduce en el mundo urbano barcelonés surgido a raíz del retorno e inversión en él de grandes fortunas antillanas, como fue la del indiano Tomás Ribalta Serra, entre otros cuyos casos explica pormenorizadamente el profesor de la Universitat Pompeu Fabra.

Resta concluir que iniciativas como ésta deben ser aplaudidas y son un ejemplo a seguir, porque además de constituir un documentado y coherente trabajo de conjunto, que aglutina las investigaciones de historiadores de diversa procedencia académica, despiertan en el historiador nuevas inquietudes investigadoras que abren nuevas vías de investigación relacionadas con esas actividades económicas, diferentes a las tradicionales industria azucarera y tabacalera, y con el sector servicios. En este sentido el trabajo de María Antonia Marqués Dolz, *Las industrias menores: empresarios y empresas en Cuba (1880-1920)* —citado en la bibliografía—, puede considerarse como un trabajo pionero y su estela parecen seguirla algunos de los autores de los trabajos del presente libro.

No significa esto que ya esté todo dicho acerca del azúcar y del complejo mundo que surgió en torno a él, algunos de cuyos aspectos aún requieren un análisis en profundidad como se observa de los trabajos que aquí firman Consuelo Naranjo, Antonio Santamaría, Leida Fernández, quienes ya han publicado parte de sus investigaciones en monografías y obras colectivas. Es grande el camino que aún queda por recorrer.

Consolación FERNÁNDEZ MELLÉN
Universidad del País Vasco

YANKELEVICH, Pablo (coord.), *Nación y extranjería. La exclusión racial en las políticas migratorias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, México, UNAM-ENAH, 2009, 308 pp.

Una idea central recorre todo este libro: las formas en que se procesa la extranjería en las sociedades modernas siempre estará determinada por la manera en que se han pensado y definido los sentimientos nacionales. *Nación y Extranjería* se estructura a

partir de estudios sobre la historia de las políticas migratorias en cuatro países latinoamericanos a principios del siglo XX. Visto en su conjunto, la obra pasa revista al origen y gestión de aquellas políticas explicando la profunda vinculación de leyes y prácticas migratorias con las ideas y los proyectos nacionales.

El libro se puede dividir en tres partes. La primera, está integrada por ensayos sobre Argentina, Brasil y Cuba. Daniel Lvovich sigue el devenir de la política migratoria argentina explicando la tensión entre el ideal de mantener las puertas abiertas y la exigencia de aplicar duras restricciones. La conflictividad social y los vaivenes de una economía muy sensible a las crisis internacionales devienen en variables explicativas necesarias pero no suficientes para dar cuenta de criterios y polémicas en torno a prácticas restrictivas fundadas también en criterios biotológicos. El caso brasileño es estudiado por Maria Luiza Tucci Carneiro, quien profundiza en las discusiones entre el sentido de la inmigración en un país fuertemente marcado por una población de origen africano, y una economía que enfrentaba el problema de sustituir mano de obra a consecuencia de la abolición de la esclavitud. Tucci Carneiro rastrea las ideas «científicas» europeas que nutrieron los argumentos racistas de médicos y abogados convertidos en expertos y asesores en la gestión de las políticas de población. Por último, Consuelo Naranjo Orovio y Vanni Pettinà indagan las representaciones que nutrieron el imaginario cubano respecto a inmigrantes negros provenientes de Haití y Jamaica, para contrastarlos con el caso de la migración española. Se trata de un acucioso ensayo que muestra los conflictos entre los intereses sociales, económicos y culturales que recorrieron las primeras décadas del siglo XX cubano.

La segunda parte del libro se asienta sobre dos estudios. Tomás Pérez Vejo recorre los cambios experimentados en la noción de extranjería en el siglo XIX mexicano, explicando la manera en que esas transformaciones fueron consecuencia del proceso de forja de la nacionalidad mexicana. La conclusión a la que arriba es lapidaria, México se constituye como nación excluyente, sólo capaz de valorar negativamente la presencia extranjera en el suelo patrio. Por otra parte, Pablo Yankelevich y Paola Chenillo Alazraki estudian el paradójico hecho por el que en México se diseñaron políticas migratorias fuertemente restrictivas a pesar de la escasa presencia de inmigrantes en su conformación demográfica. Los autores develan la arquitectura de las restricciones: los personajes e instancias gubernamentales, los primeros pasos del Departamento de Migración y sobre todo los sentidos de una práctica fundada en criterios de estricta selección racial.

Nación y Extranjería cierra con dos estudios de caso. Marta Saade Granados examina las prohibiciones para el ingreso a México de afroestadounidenses entre 1924 y 1940. El caso resulta interesante, toda vez que los negros norteamericanos poseían una ciudadanía privilegiada por la política migratoria mexicana y, sin embargo, fueron víctimas del racismo y exclusión que reinaba en legislación migratoria y en las prácticas burocráticas de la autoridad encargada de su aplicación. Por último, Daniela Gleizer estudia la actitud del gobierno mexicano ante los judíos europeos una vez que el régimen nazi instauró la «Solución Final». Gleizer se detiene en los proyectos de ayuda, y en las razones que impidieron la puesta en marcha de conductas humanitarias

como las que la misma administración cardenista había desplegado para atender a los derrotados de la Guerra Civil Española.

Nación y extranjería exhibe la génesis de las políticas migratorias en las naciones estudiadas, mostrando que las actitudes gubernamentales hacia los extranjeros son parte de una herencia que se remonta al surgimiento y consolidación de los Estados latinoamericanos hacia finales del siglo XIX. El libro también muestra la poderosa influencia de las ideas racistas en el diseño de las políticas de población, y, sobre todo, hace evidente la importancia de un abordaje comparativo. Esto último es particularmente importante para el caso mexicano, toda vez que resulta notable, salvo honrosas excepciones, la ausencia de investigaciones que den cuenta de la conflictividad entre nacionales y extranjeros a lo largo de su vida independiente. México puesto al lado de Cuba, Argentina y Brasil muestra muy pocas diferencias en sus conductas excluyentes ante determinados flujos migratorios. Este libro viene a llenar un vacío, pero sobre todo abre una brecha que puede ayudar a desmontar el mito de una nación que por la vía del mestizaje habría quedado redimida de cualquier conducta racista.

Efraín NAVARRO GRANADOS
UNAM